

Matías Romero, un diplomático en apuros. 1859-1863

Marcela Terrazas y Basante

La conflictiva relación entre México y los Estados Unidos hacia el final de la década de los cincuenta y el inicio de los sesenta del siglo XIX, coincidió con un periodo crucial en el desarrollo de las dos naciones.

Se dio en aquellos años (1858-1862) una verdadera encrucijada¹ en que los destinos de ambos pueblos se encontraron ante sus respectivos dilemas históricos.

Los Estados Unidos tenían ante sí dos proyectos de desarrollo socioeconómico distinto, surgidos desde el establecimiento del Estado Nacional Norteamericano en 1787. En este momento, sus diferencias resultaban irreconciliables, a pesar de convenir ambos en el proyecto político de una república representativa bicameral. El Norte, como suele denominarse al proyecto capitalista industrial-financiero, fincado en el trabajo asalariado, se enfrentó al Sur de economía agroexportadora, basada en la mano de obra esclava. Estas dos formas de desarrollo, que coexistieron y se complementaron hasta 1860, agudizaron sus contradicciones hasta un punto tal, que fue indispensable definir cuál de las dos impondría su hegemonía.

México se debatía asimismo entre dos proyectos cuyas diferencias se aprecian más claramente en lo político:² el proyecto para establecer un estado liberal, que enarbolaba el partido del mismo nombre, con la república federal representativa como modelo acabado de gobierno, y el proyecto conser-

¹ Entendido el término encrucijada como el punto en que se cruzan dos o más caminos, como en el sentido figurativo de dilema.

² Cfr. vid: François Chevalier, "Conservadores y liberales en México", en *Secuencia* Revista americana de ciencias sociales, México, Instituto Mora, marzo 1985, vol. I, pp. 136-148.

vador, que sostenía el partido homónimo, el cual persistía en su idea de restablecer la monarquía con un príncipe procedente de una casa reinante europea. Este último programa encontró en el sueño imperial *petitbonapartista* el aliado idóneo para llevar a cabo sus propósitos.

Convergiendo en este cruce de caminos, encontramos a tres potencias ultramarinas: Inglaterra, Francia y España, decididas a intervenir militarmente en México. Cada una abrigando intereses particulares e inconfesables³ al enviar sus flotas a través del Atlántico, aunque en la convención que sostuvieron en Londres el 31 de octubre de 1861, sólo se hubiera hablado de ocupar las aduanas marítimas mexicanas para persuadir al gobierno de Juárez de la moratoria que había decretado el 17 de julio de 1861.

En este contexto sobresale la figura del joven diplomático Matías Romero, oaxaqueño, al igual que Benito Juárez y Porfirio Díaz, presidentes con los que colaboró largo tiempo.

Romero comenzó a los 18 años su carrera civil, que habría de prolongarse por más de cuatro décadas, hasta su muerte. Desde muy joven se ligó a la causa liberal y a los 21 años acompañó al gobierno de la República en su peregrinaje cuando, al estallar la guerra entre conservadores y liberales, el gobierno juarista tuvo que salir de la ciudad de México y establecerse en Veracruz. Ahí colaboró con el régimen constitucional en el Ministerio de Relaciones Exteriores, cuando se preparaba el acuerdo con el Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos, Robert Milligan Mc. Lane; aquel célebre tratado por el que México concedió, entre otras cosas, derecho perpetuo de tránsito por Tehuantepec y, a través de dos rutas en el Norte, derecho a intervenir militarmente éstas, si la seguridad de bienes y personas que transitaren por ellas así lo requiriese;

así como un comercio con pocas barreras arancelarias entre los dos países.

Romero, sin embargo, no estuvo presente a la fecha misma en que se firmó el tratado (diciembre, 1859); para entonces había sido designado secretario de la Legación Mexicana en Washington, donde se encargaría de comprar las armas y municiones que debía enviar a la administración liberal para resisitir los embates de los conservadores y procuraría lograr la aprobación del Mc. Lane-Ocampo por el Senado Norteamericano.⁴

Para desarrollar exitosamente su misión, Romero entró en contacto con miembros de la Cámara Alta norteamericana, tales como Judah P. Benjamin, Miembro del Comité de Relaciones Exteriores del Senado y John Slidell, senador por Louisiana.⁵ Este género de relaciones, le permitió percatarse de los diversos intereses que abrigaba la oligarquía sureña. Pudo ver que no todos sus integrantes eran expansionistas a ultranza, deseosos de apoderarse de más territorio, ni constituían todos ellos una terrible amenaza para la integridad territorial de México; había también quienes abrigaban ambiciones comerciales y financieras y estarían —por esta razón— interesados en que el país vecino del sur con-

³ Importantes sectores norteamericanos e ingleses consideraban que la intervención británica en México obedecía al interés de Palmerston de encontrar un pretexto para declarar la guerra de Inglaterra a la Unión. *Cfr. vid:* Carlos Marx y Federico Engels, *Materiales para la historia de América Latina*, 2a. ed., Córdoba, Ediciones Presente y Pasado, 1974, 352 pp. (Col. Cuadernos Presente y Pasado, 30).

⁴ Harry Bernstein, *Matías Romero 1837-1898*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 50.

⁵ Ambos personajes tenían intereses comerciales, financieros y legales en la Louisiana Tehuantepec Co. cuyo proyecto era construir un ferrocarril en el Istmo de Tehuantepec. *Idem*.

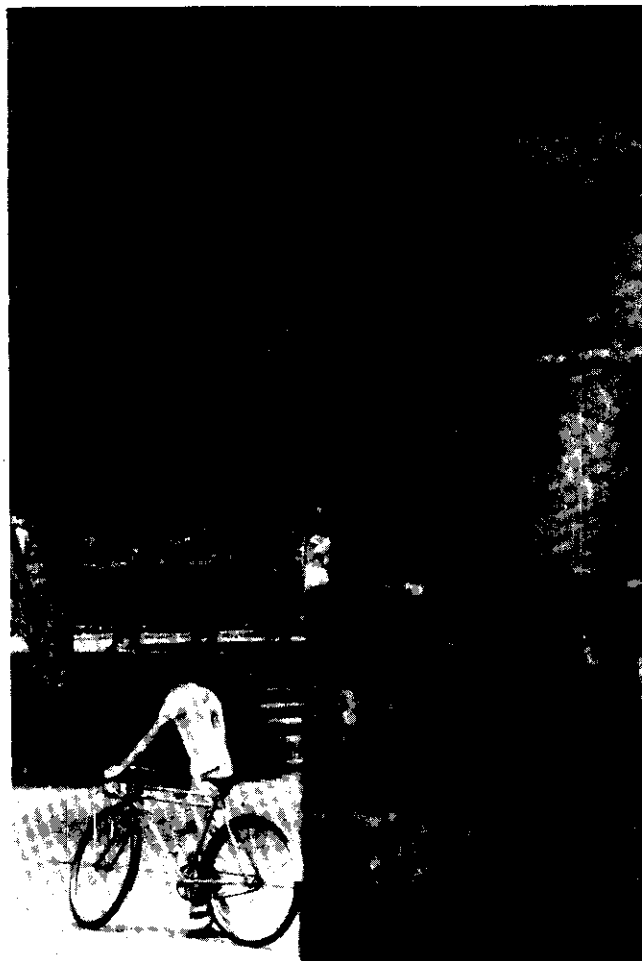
tara con un gobierno estable. Estos, en consecuencia podrían apoyar al gobierno de Juárez.⁶

A pesar de la intensa actividad del oaxaqueño y del propio embajador mexicano, José María Mata, en favor del tratado, éste fue rechazado por primera vez en febrero de 1860⁷ por el Senado norteamericano y por segunda ocasión el 31 de mayo del mismo año. En la disputa sobre el tratado se perfilaron con nitidez las diferencias entre los intereses de los capitalistas nortños que, dueños de ferrocarriles en el noroeste norteamericano y en Panamá, y con proyectos para construir una línea férrea transcontinental, se opusieron a la construcción de un canal o vía férrea en Tehuantepec que compitiese con sus empresas. Esta última era una operación que interesaba a los sureños.⁸ Los republicanos, representantes de los intereses del capital del Norte se opusieron también a la cláusula de libre comercio con México, que constituiría una amenaza cuando las potencias europeas industrializadas la exigieran, provocando una competencia que les traería la ruina. En estas discusiones se debatió también la cuestión de la esclavitud. El tratado significaba a un plazo mediano, la anexión de territorio mexicano, anexión que el Norte repudiaba por temor a que sirviera a las necesidades expansionistas del Sur y

⁶ *Ibid.*, pp. 50-51.

⁷ José Ma. Mata, Ministro Extraordinario y Plenipotenciario de México ante el gobierno norteamericano pidió dinero a su administración para ejercer una influencia conveniente en favor del tratado a través de la prensa o de personas que influyeran en los senadores estadounidenses. Mata al Secretario de Relaciones Exteriores. Washington, febrero 14, 1860 en: Matías Romero (ed.), *Correspondencia de la Legación Mexicana en Washington durante la intervención extranjera 1860-1868*, introd. de . . . 10 vols., México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1870-1892 (Colección de documentos para formar la Historia de la Intervención), vol. I, pp. 35-36.

⁸ Bernstein, *op. cit.*, pp. 52-53.



Gerardo Aguilar

a que desequilibrara la balanza de poder político en favor de éste.

Entre mayo de 1860 —en que el tratado Mc. Lane-Ocampo fue rechazado— y diciembre de 1861, en que se inició la intervención tripartita en México

con la llegada de la flota española a Veracruz, la Legación Mexicana en Washington permaneció en un *impasse*. Curiosamente ello contrastaba con la intensa labor de la Legación norteamericana en México.

Romero dedicó gran parte de su tiempo y de su capacidad de observación a estudiar y analizar las grandes figuras políticas norteamericanas, a los grupos de presión de los partidos Republicano y Demócrata. Escribía con frecuencia al Ministerio de Relaciones Exteriores largos despachos que resumían el resultado de sus observaciones. Consideró entonces que el Partido Republicano tenía ante sí un gran futuro y que la política de éste hacia México estaría en favor de preservar su independencia nacional; pensó también que el ascenso de los republicanos al poder significaría el fin de la voraz aneación de territorios mexicanos y que este partido se opondría a una nueva guerra imperialista con el país vecino del sur.

“... los negocios y las inversiones norteamericanas reemplazarían la política de haciendas hambrientas e imperialismo agrario”⁸ o para decirlo en palabras del Dr. Carlos Bosch, el *imperium* de la tierra dejaría paso al imperio de los negocios.⁹

Romero advirtió con agudeza que al transformarse las relaciones socioeconómicas internas con el establecimiento del modelo capitalista industrial-financiero como modelo económico único en la nación, la política exterior norteamericana cambiaría necesariamente.

El diplomático mexicano se encontraba en Washington en junio de 1860, cuando la convención

republicana nombró a Abraham Lincoln como candidato a la presidencia, cuando éste fue electo y cuando —en diciembre de ese año— Carolina del Norte inició la secesión.

El éxito republicano en las elecciones presidenciales produjo cierto optimismo en el ánimo de Romero, pero el diplomático mantuvo sus reservas pues “No se podía contar con que todos los republicanos victoriosos estuvieran en favor de México. La victoria republicana también produjo amenazas de dificultades para México por parte de los intereses particulares insatisfechos”.¹⁰

Entre éstos debía contarse a la Compañía de A.G. Sloo, que años atrás había obtenido la concesión del gobierno mexicano para construir una vía interoceánica en Tehuantepec, que la administración del presidente Ignacio Comonfort había anulado. La empresa estaba decidida a reclamar una indemnización y aprovecharía para ello la presencia de un republicano en la Casa Blanca.¹¹

Los agentes de negocios y hombres de empresa del Norte deseaban obtener concesiones comerciales y mineras en México y esperaban desplazar el imperio del algodón para introducir el del capital. William H. Seward, Secretario de Estado norteamericano y virtual rector de la política exterior estadounidense, apoyaba este tipo de proyectos en México, pero abrigaba serias dudas sobre la capacidad de los mexicanos para gobernarse a sí mismos.

El prestigiado diario *New York Times*, en donde Seward tenía profunda influencia, especulaba con la idea de establecer un protectorado norteamericano sobre México. El *New York Tribune*, man-

⁹ Cfr. vid.: Carlos Bosch García, *La base de la política exterior estadounidense*, 3a. ed., México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1986, 114 p. (Serie General, 13).

¹⁰ Bernstein, *op. cit.*, pp. 60-61.

¹¹ Romero al Ministro de Relaciones Exteriores. Washington, noviembre 18, 1860 en: Romero, *op. cit.*, vol. I, pp. 139-140.

tenía asimismo la esperanza de concretar la Doctrina del Destino Manifiesto en este país.

Romero, al igual que otros diplomáticos mexicanos que le precedieron en Washington, se vio precisado a realizar una intensa labor periodística y de propaganda para contrarrestar los embates de esta prensa portavoz del expansionismo.

En febrero de 1861, Romero escribió a su gobierno preocupado por los designios expansionistas que observaba en tres importantes sectores políticos norteamericanos. Advirtió que los esclavistas ya separados de la Unión, estaban enteramente resueltos a apoderarse de todo el territorio mexicano y por el momento se disponían a lanzarse sobre los estados fronterizos de México. Con tal propósito, probablemente pondrían en práctica el filibusterismo, por la dificultad que en este instante presentaba emprender cualquier negociación. Señaló también que los demócratas que aún permanecían en la Unión, en todo pensaban menos en desistir de sus propósitos de adueñarse de territorios mexicanos, y a pesar de que se habían visto obligados a moderar la sinceridad de su lenguaje, mantenían las mismas pretensiones expansionistas. El comisionado añadió que los republicanos que temían una invasión confederada a México, pensaban en establecer un protectorado sobre la República, con tal de frenar el avance de los esclavistas.¹²

En marzo de ese año, Thomas Corwin fue nombrado embajador de los Estados Unidos ante el régimen mexicano.¹³ Político diestro, de sólida

experiencia y antiguo miembro del partido Whig, su designación buscó causar una buena impresión en los mexicanos por la oposición que mostrara en 1846 a la guerra de su país contra México.¹⁴ De acuerdo a las instrucciones de su gobierno, Corwin debía evitar que Juárez reconociera a la Confederación, e impedir la influencia de éstos sobre la República; asimismo aseguraría a las autoridades mexicanas la oposición de Lincoln a los proyectos expansionistas de los secesionistas y expresar el deseo del ejecutivo norteamericano de entablar relaciones entre los dos países ". . . con un espíritu desinteresado y sin ambiciones".¹⁵ La administración republicana anunció a través de Corwin el inicio de una nueva era en las relaciones entre los dos países.¹⁶

A pesar del buen presagio que significaba la designación de Thomas Corwin, los temores de Romero sobre los proyectos de los esclavistas de continuar la expansión a costa de México se confirmaban día a día. En marzo de 1861, la Confederación hizo pública su resolución de repartirse México si éste se aliaba con la Unión;¹⁷ asimismo, las expediciones filibusteras sobre Baja California asolaban la región sin que la Secretaría de Estado norteamericana hiciera nada por impedirlo.¹⁸

en adelante citaremos EEUU, National Archives. Records of the Department of State con las siglas NAW.

¹² Cfr. vid: Alfred Jackson Hanna y Kathryn Abbey Hanna, *Napoleón III y México*, México, Fondo de Cultura Económica, 1973, p. 48.

¹³ Romero al Ministro de Relaciones Exteriores. Washington, abril 8, 1861, en: Romero, *op. cit.*, vol. I, p. 35; Seward a Corwin Washington, abril 6, 1861, en: NAW, *Diplomatic*. . . , fol. 141-142.

¹⁴ *Idem*.

¹⁵ Romero envió a México una nota del *Herald* de Nueva York fechada el 21 de marzo de 1861 donde se reproducían declaraciones de Pickens, Gobernador de Carolina del Sur en tal sentido. Romero al Secretario de Relaciones Exteriores. Washington, abril 8, 1861, *Ibid.*, vol. I, p. 710.

¹² *Ibid.*, vol. I, pp. 692-693.

¹³ William Seward, Secretario de Estado norteamericano a Thomas Corwin. Washington, marzo 30, 1861 en: EEUU, National Archives, Records of the Department of State. *M.P. (m.s.)*, *Diplomatic Instructions 1801-1906*. Mexico, rollo 113, fol. 329. De aquí

Matías Romero se quejaba con frecuencia ante el Secretario de Estado estadounidense, pues las incursiones sobre Baja California se organizaban en San Francisco con el consentimiento de las autoridades locales; pero William Seward no prestaba atención a las demandas del mexicano y se limitaba a externar sus dudas sobre tales versiones.¹⁹

Finalmente, las continuas noticias acerca de acciones filibusteras en el noroeste mexicano y los informes sobre planes secesionistas de apoderarse de Baja California, movieron a Seward a solicitar autorización al gobierno de México para intervenir militarmente en el país, en caso de que los confederados invadieran.²⁰ El funcionario expresó asimismo el propósito de su administración de comprar la península o cualquier otra entidad, para impedir que el Sur se apoderara de ellas.²¹

Seward ponderaba el valor de la península para los intereses estadounidenses, razonaba sobre el exíguo valor que este territorio tenía para México y recordaba el abandono en que se encontraba la región,²² mostrando con estas consideraciones, extraordinarias coincidencias con aquellos viejos demócratas reconocidos por su expansionismo beligerante. Los políticos republicanos, al igual que sus antecesores en el poder, actuaban guiados por una profunda convicción en el Destino Manifiesto.

¹⁸ Romero a Seward. Washington, abril 10., 1861, *Ibid.*, vol. I, pp. 340-341.

¹⁹ Seward a Corwin. Washington, abril 6, 1861, NAW, *Diplomatic*, ... , rollo 113, fol. 141-142.

²⁰ *Idem.*

²¹ *Idem.*

²² Corwin compartía con Seward sus apreciaciones sobre el valor de la península de Baja California para los Estados Unidos. Corwin a Seward. México, junio 29, 1861, NAW, *Despatches from US. Ministers to Mexico 1823-1906*, rollo 29, vol. 28.

Las presiones de los dos gobiernos norteamericanos —el de la Unión y de la Confederación— sobre México eran constantes. Juárez se vio en graves aprietos cuando el primero le solicitó autorización para pasar sus tropas por Sonora.²³ La petición constituía un asunto delicado, pues según advirtió el propio congreso mexicano, tal concesión provocaría la hostilidad de los secesionistas quienes la tomarían como pretexto para invadir el país. Sin embargo los parlamentarios advirtieron también la necesidad de acercarse al gobierno del Norte, pues juzgaban inminente una invasión de los sureños si éstos conseguían separarse de la Unión. Bajo estas consideraciones, el congreso accedió a la demanda.²⁴

Como era de esperarse, la noticia provocó una violenta reacción entre los Confederados que amenazaron con lanzar sobre México una fuerza de 20 000 hombres.²⁵ La decisión mexicana inquietó a Romero, quien temía que las amenazas confederadas no fueran meras habladuras; además el enviado consideró que las propias potencias habían declarado su neutralidad en el conflicto norteamericano y que la reciente victoria de los secesionistas en Bull's Run les había ensoberbecido.

Por otra parte, Romero recibió noticias sobre proyectos separatistas de los estados de Nuevo León, Chihuahua, Sonora y Baja California que se unirían a los Estados Confederados de América;²⁶ tuvo también conocimiento de los conflictos que inquietaban el panorama político de Chihuahua, propi-

²³ Seward a Romero. Washington, mayo 7, 1861, en: Romero, *op. cit.*, vol. I, pp. 721-722

²⁴ Romero a Seward. Washington, junio 21, 1861, NAW, *Despatches*, ... , rollo 29, vol. 28.

²⁵ Romero al Ministro de Relaciones Exteriores. Washington, julio 30, 1861, en: Romero, *op. cit.*, vol. I, p. 476.

²⁶ *Ibid.*, vol. I, p. 475.

ciando las ambiciones confederadas de conquista de aquella entidad.²⁷

En el verano de 1861, la guerra civil estadounidense se encontraba en pleno apogeo, mientras en México, la crítica situación de la República se agudizaba por los amagos confederados de invadir el norte del país y por los proyectos separatistas de esta región que planeaba aliarse con los secesionistas; el problema más grave, sin embargo, lo constituía la ruina del erario nacional que empujó a Juárez a declarar la suspensión del pago de la deuda el 17 de julio de 1861. La medida irritó a los gobiernos acreedores —Inglaterra, Francia y España—, provocó la ruptura de relaciones y desembocó en la intervención armada de las tres monarquías en México.

A partir de este momento, se intensificaron las actividades de las Legaciones mexicana y norteamericana en Washington y en la Ciudad de México. Al igual que su homólogo Romero, Corwin trabajaba febrilmente; informaba a su gobierno con inquietud sobre la posible intervención de las potencias en México y proponía a su administración un tratado para impedir que esto sucediera. Según el proyecto de tratado presentado por Corwin a la Secretaría de Estado, los norteamericanos se harían cargo del servicio de la deuda por cinco años, a cambio de una hipoteca sobre las tierras públicas y los derechos mineros en Baja California, Sonora, Chihuahua y Sinaloa.²⁸ Tal arreglo permitiría la permanencia de Juárez en el poder e impediría a las monarquías y a los confederados lanzarse sobre México. Asimismo daría a los Estados Unidos el dominio del noroeste mexicano, “. . . cuando México, tremendamente em-

pobrecido por cuarenta años de guerra. . .”²⁹ no pudiera cumplir su compromiso.

Ante tales propósitos del régimen de Lincoln, el enviado mexicano expresó que su gobierno no estaba dispuesto a ceder territorio y trató de convencer a los políticos de la Unión de ayudar a la República sin exigir a cambio la entrega de tierras mexicanas.³⁰

La administración de la Unión, agobiada por la guerra civil que enfrentaba, no dejó sin embargo de inquietarse frente a la crisis mexicana y decidió autorizar a su enviado a negociar un tratado en el que los Estados Unidos asumieran el 3% de los intereses de la deuda durante cinco años, en tanto que México pagaría un interés de 6% sobre ese préstamo garantizando el pago con una hipoteca de todos los terrenos públicos y derechos mineros en cuatro entidades del noroeste mexicano, que pasarían a la Unión Americana si México no pagara en seis años. El arreglo, sin embargo, estaba condicionado a que las potencias interventoras desistieran de sus propósitos invasores.

Romero reaccionó con gran irritación ante el proyectado acuerdo. “. . . equivale a una venta mal disimulada por una cantidad bastante miserable”, comentó al conocerlo y dudó que las monarquías lo aceptaran. El diplomático estimó que la única utilidad de un arreglo como ése, sería que la mediación norteamericana retrasaría la acción de las potencias sobre México, dando tiempo a su gobierno a decidir lo más adecuado.³¹

²⁷ *Idem.*

³⁰ Seward a Corwin. Washington, agosto 24, 1861, NAW, *Diplomatic*. . . , rollo 113, fol. 363-365.

³¹ Romero al Ministro de Relaciones Exteriores. Washington, septiembre, 3, 1861 en: Romero, *op. cit.*, vol. I, p. 731.

²⁷ *Idem.*

²⁸ Corwin a Seward. México, julio 29, 1861, NAW., *Despatches*. . . , rollo 29, vol. 28.

En octubre de 1861, la inminencia de la incursión tripartita en México, empujó al gobierno liberal a buscar afanosamente los recursos pecuniarios que la impidieran. Manuel Ma. Zamacona, Ministro de Relaciones Exteriores dio instrucciones a su comisionado en los Estados Unidos para que obtuviera un préstamo de \$10 000 000.00 entre los comerciantes de Nueva York;³² pero Romero no pudo lograr el crédito entre los capitalistas neoyorkinos, que mucho dudaban de la estabilidad mexicana.³³

El gobierno de la República intentó desesperadamente evitar la intervención ultramarina; con éste propósito firmó acuerdos con los plenipotenciarios británico y norteamericano. Los primeros derogaban el decreto de suspensión del pago de la deuda, reducían aranceles a los productos ingleses y establecían interventores británicos para asegurar que los ingresos aduanales se destinaran a cubrir los intereses de la deuda;³⁴ los segundos hipotecaban todas las tierras públicas y antiguas propiedades de la Iglesia en favor del gobierno norteamericano a cambio de \$11 000 000.00³⁵

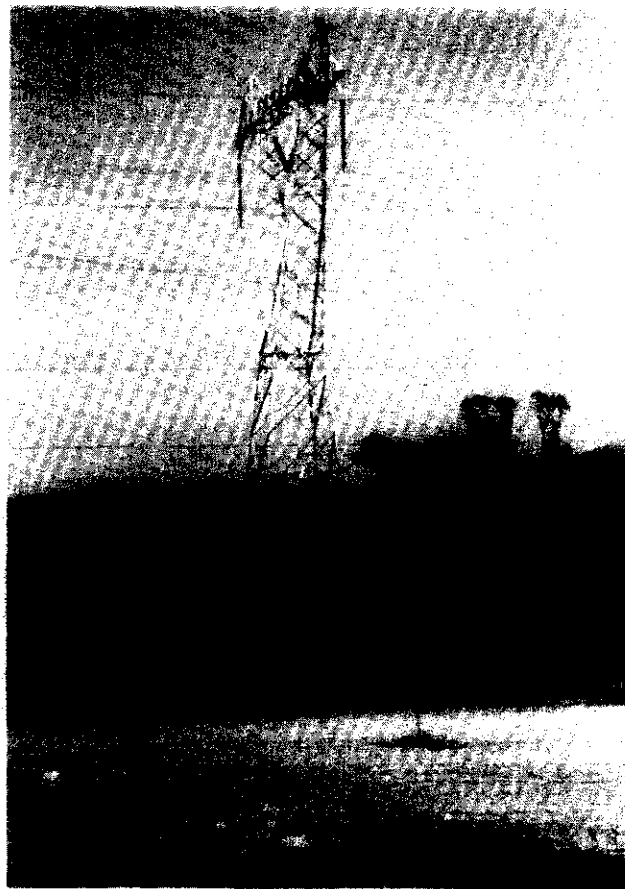
El convenio elaborado por Corwin, excedía ampliamente las pretensiones de su primera propuesta y las expectativas del propio Departamento de Estado.

³² *Ibid.*, vol. I, p. 735.

³³ *Idem.*

³⁴ Manuel Ma. Zamacona I, Ministro de Relaciones Exteriores a Sir Charles Wyke, comisionado del Gobierno de su Majestad Británica en México, México, 21 de noviembre, 1861, en: *México y la Gran Bretaña durante la intervención 1861-1862*, introd., selección y traducción: Gloria Grajales, 2a. ed., México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 1974, 241 p. (Col. Archivo Histórico Diplomático Mexicano, 3a. época, serie documental no. 9), pp. 112-113.

³⁵ Corwin a Seward, México, octubre 29, 1861, NAW, *Dispatches*. ... tolo 29, vol. 28.



Gerardo Aguilar

El tratado con el ministro norteamericano resultó a tal grado escandaloso que, cuando los confederados lo conocieron, advirtieron que no tolerarían la venta o hipoteca de territorio mexicano a un gobierno enemigo.³⁶ Paradójicamente, quienes

³⁶ *Idem.*

tanto amenazaron la integridad territorial de México, se convertían en ese momento en sus ardientes defensores.

Inglaterra, Francia y España dispusieron el envío de sus fuerzas armadas para obligar al gobierno de Juárez a cumplir sus compromisos económicos. El rechazo británico al acuerdo de su embajador terminó con la posibilidad de evitar la intervención y obligó al enviado norteamericano a retirar su propio tratado, al no cumplir con la condición exigida por su gobierno de impedir la incursión de las tres monarquías.

Pocos días después de la llegada de la flota española a las costas mexicanas, el 8 de diciembre de 1861, Seward ofreció a Romero \$10 000 000.00 a cambio de la renovación de la concesión para construir una vía por Tehuantepec a la Compañía Hargous.³⁷ La generosa oferta no ocultaba sin embargo que la Unión había determinado adoptar una actitud neutral en el conflicto entre las potencias europeas y México.

Romero se sintió decepcionado de la primera administración republicana estadounidense, en la que esperó inútilmente apoyo al régimen de Juárez en momentos tan difíciles. No obstante su incansable labor, el enviado mexicano no logró alterar la decisión de la Secretaría de Estado norteamericana de mantenerse al margen del conflicto mexicano. En realidad, el gobierno de Lincoln no estaba ya inte-

resado en establecer compromisos con México,³⁸ el curso de la guerra de secesión no permitía vislumbrar en ese momento la victoria del Norte, la Unión precisaba la neutralidad de los franceses para impedir su alianza con los secesionistas, especialmente en circunstancias en que la guerra con los ingleses parecía probable. Los norteamericanos intentaban retirar a Inglaterra de la Alianza Tripartita para evitar el estallido de un conflicto anglo-americano que no deseaban ni podían enfrentar.

El incansable Romero —a pesar del desánimo que le provocó la actitud de la Unión— no cesó en sus esfuerzos por obtener ayuda para el gobierno liberal; pero los resultados fueron nuevamente desalentadores, además de que le permitieron advertir la codicia y las ambiciones del Norte sobre Cozumel y Yucatán, que “. . . servirían para que los Estados Unidos enviaran ahí a los negros del Sur”.³⁹ El mexicano advirtió a los norteamericanos que consideraba muy improbable que la administración de Juárez aceptara tales arreglos, pues pueblo y gobierno estaban decididos a no vender una pulgada más de territorio nacional.⁴⁰

El 25 de febrero de 1862, el Senado norteamericano rechazó el tratado con México gestionado por Corwin.⁴¹ La resolución de la Cámara Alta terminó de decepcionar a Romero, quien dijo: “No sé que es lo que más me sorprende, si el supino egoísmo de quienes nos niegan hasta la ayuda moral por un

³⁷ La compañía de Mr. Hargous obtuvo en 1848 la concesión para construir un ferrocarril por Tehuantepec. Dicha concesión fue cedida a Hargous por Manuel Garay a quien Santa Anna otorgó tal privilegio el 10. de marzo de 1842. *Cfr. vid: Agustín Cué Cánovas. Juárez, los Estados Unidos y Europa. El tratado Mc. Lane-Ocampo*, México, Editorial Grijalbo, 1970, 254 pp. (Col. Nuestras Cosas, 3), pp. 28-35; Romero al Ministro de Relaciones Exteriores, Washington, diciembre 14, 1861, en: Romero, *op. cit.*, vol. I, pp. 645-646.

³⁸ Charles Sumner, miembro de la comisión de relaciones exteriores del Senado comunicó a Romero que —por el momento— la Cámara Alta no estaba interesada en conceder un préstamo a México, pues no veía en él ventaja alguna. *Ibid.*, vol. I, p. 659.

³⁹ *Ibid.*, vol. II, pp. 33-34.

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ Se refiere al tratado Corwin-Zamacona firmado el 29 de octubre de 1861.

injustificado temor a complicaciones, o su ignorancia".⁴²

La incansable labor de Romero para persuadir a los miembros del congreso estadounidense del peligro que representaba para los propios Estados Unidos la intervención europea en México, tuvo pobres resultados. Poco a poco, el diplomático se fue convenciendo de que nada de lo que hiciera bastaría para lograr el apoyo de la Unión a la causa de la República.

En el verano de 1862, el oaxaqueño se enfrentó a la oposición del gobierno de Lincoln a autorizar la venta de armas y municiones para la defensa de México,⁴³ al tiempo que conoció del abastecimiento de bestias de carga y vagones a los franceses.⁴⁴ Estos hechos y la negativa del gobierno norteamericano a conceder cualquier préstamo al régimen de Juárez, evidenciaron el giro de la política estadounidense hacia México durante la intervención europea.

Hacia fines de octubre de 1862, Romero —to-

talmente desencantado de la administración de Lincoln— pidió a su gobierno autorización para regresar y pelear por la República.

El avance incontenible de los ejércitos de Napoleón III, el repliegue de las fuerzas liberales, el fin incierto y lejano aún de la guerra de secesión y el temor del Norte a una alianza entre confederados y franceses, contribuyeron a configurar un panorama radicalmente distinto al de 1859, año en que Matías Romero inició su gestión en Washington. Lincoln no estaba ahora en condiciones de ocuparse del país vecino del sur y menos aún de hacer proposiciones al gobierno de la República. Este, debilitado a un grado extremo, era incapaz de ofrecer garantías. Por el contrario, cualquier negociación que se entablara con él podría provocar conflictos con Inglaterra y especialmente con Francia. El gobierno de la Unión estaba dispuesto a evitarlos a cualquier precio, lo cual implicaba sacrificar las buenas relaciones con el Presidente Juárez. 🖐

⁴² Bernstein, *op. cit.*, p. 81.

⁴³ Hanna, *op. cit.*, p. 71.

⁴⁴ *Idem.*